

Los fondos de Hispanoamérica y Filipinas en la Biblioteca Nacional de España: Aproximación a su historia y procedencia

PALOMA ALBALÁ HERNÁNDEZ

(Bibliotecaria Facultativa. Cuerpo Superior de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos)

Resumen: La Biblioteca Nacional de España posee hoy una extensa colección de fondos de Hispanoamérica y Filipinas. Se trata, sin duda, de una de las más ricas del mundo en la materia por la cantidad y la calidad de sus documentos, como cabe esperar de su condición de primera biblioteca del idioma español. La dimensión americanista de la Biblioteca que llegaría a ser Nacional, fundada como Biblioteca Real en 1712 por Felipe V, está presente desde los primeros momentos y continúa formándose y creciendo a través de los siglos, por medio de sucesivas compras enmarcadas en las políticas de adquisición de la institución y la incorporación de las más diversas colecciones por incautaciones, desamortizaciones o la supresión de instituciones menores.

El presente trabajo se detiene en las primeras adquisiciones de colecciones de la época ilustrada, como la del americanista González de Barcia. Después, se centra en el importante aumento que supone para la Biblioteca Nacional el siglo XIX. Es a lo largo de esa centuria cuando tienen lugar numerosas adquisiciones y donaciones de bibliotecas de eruditos, nobles, bibliófilos y políticos (entre otras, la del mexicano José Carlos Mejía y la de la biblioteca del conde de Benahavís). Finalmente, estudia la incorporación de los fondos de la Biblioteca de Ultramar, a principios del XX, que contenía importantes fondos americanistas procedentes de la colección Gayangos. Más cerca de nuestros días, está la adquisición de libros filipinos del bibliófilo Graíño

Palabras claves: Biblioteca Nacional de España - Fondos hispanoamericanos – Fondos filipinos- Biblioteca de González Barcia – Biblioteca del Conde de Benahavís - Biblioteca Gayangos - Biblioteca de Ultramar - Biblioteca Graíño.

Abstract: The National Library of Spain (“Biblioteca Nacional de España”), which is the first Spanish-language library ever, owns an extensive Latin-American collection – one of the richest all over the world because of its quantity, its quality and the rareness of its documents. The complex story that was the building up of this collection should be studied through the most remarkable facts related to its acquisition. The American dimension of the “Biblioteca” (later “Nacional”, founded by Philip V in 1712) was present from the very beginning and goes on without a break through the centuries and until our days.

The present study deals with the first acquisitions made during the Enlightenment, such as that of the collection owned by expert on Latin-America González de Barcia. It continues with the significant rise of acquisitions during the 19th century, motivated partly by the seizure of assets owned by the Catholic Church and partly by the continuous acquisitions and donations made by scholars, nobles, bibliophiles and politicians. Among them we should mention the mexican José Carlos Mejía, and the Count of Benahavís. In addition, a decisive milestone was achieved on 20 century: the incorporation of the collection owned by the Biblioteca de Ultramar (the Overseas Library), suppressed after the loss of the last overseas Spanish provinces. Closer to our days, we shall mention the acquisition on Philippine books from the bibliophile Graño.

Key words: National Library of Spain - Latin-American collection – The Philippines - González Barcia’s library - Count of Benahavís’ library – Gayangos’ library - the Biblioteca de Ultramar (the Overseas Library) – Graño’s library

INTRODUCCIÓN

Mi propósito en este trabajo, es señalar algunos de los hechos más destacables relacionados con el ingreso de fondos de Hispanoamérica y Filipinas que han tenido lugar a lo largo de la historia de la Biblioteca Nacional desde su creación en 1712. El trazado de la historia de la formación de la conocida como *Colección de Hispanoamérica* que hoy posee la BN es un tema realmente ambicioso y por ello, el presente artículo debe entenderse solo como un mero acercamiento. Será necesario realizar otros estudios y profundizar mucho más en algunos hechos para que podamos llegar a trazar un panorama completo de la procedencia de estos fondos.

Es importante señalar que el acervo documental que posee la Biblioteca Nacional bajo la denominación tradicional de *Hispanoamérica*, ha incluido siempre, además de los fondos relacionados con América, los de un ámbito geográfico más amplio que incluye las posesiones ultramarinas que pertenecieron a España en el Pacífico: las islas Filipinas, las Marianas, las Carolinas y las Palaos¹.

¹ Por otra parte, históricamente, Filipinas y los demás archipiélagos mencionados no pueden desvincularse de Hispanoamérica ya que dependieron desde el siglo XVI del Virreinato de Nueva España y a través de él, estuvieron unidas a la metrópoli durante toda la etapa virreinal. Solo desde la independencia de México, en 1836, dependieron directamente de España y lo hicieron hasta 1898.

1. SIGLO XVIII: LOS INICIOS

1.1. Los fondos americanos de la Real Biblioteca y el P. Robinet

En el año 1712 nace la Real Biblioteca, que después será Nacional, en las circunstancias bien conocidas de cambio de dinastía y durante la guerra de sucesión librada entre los dos pretendientes al trono, el francés y el austriaco.

Felipe V, el primer Borbón, había llegado a España en 1701, rodeado de consejeros franceses empapados de ideas ilustradas. Ellos hacen ver al Rey la conveniencia de fundar una Real Biblioteca de carácter público, decisión, por otra parte, de evidente proyección política, pues serviría tanto para una apropiada exaltación cultural de lo español, como para la canalización de lo incautado a los vencidos en la guerra, entre otros el Duque de Uceda y el Marqués de Mondéjar, cuyas magníficas bibliotecas enriquecieron con sus tesoros bibliográficos la recién creada Real Biblioteca, instalada en el pasadizo que unía el Alcázar con el Convento de La Encarnación.

La dimensión americanista de la institución que llegaría a ser Biblioteca Nacional, está presente de un modo evidente y eficaz desde este primer momento. Señala Carrión cómo en el mismo año 1712, tiene lugar un hecho relevante, que no se repite a lo largo de la vida de la Biblioteca: el P. Robinet, jesuita francés, confesor de Felipe V y uno de sus bibliotecarios mayores, hace una propuesta al Rey, “para que se encargue a las autoridades españolas en América el fomento de una campaña para recoger no solo objetos curiosos sino todos los trabajos lingüísticos de interpretación, gramáticas y vocabularios valiosos para el conocimiento de aquellas culturas”².

1.2. Compra de papeles al americanista Andrés González de Barcia

En los años posteriores, se van a producir continuas oportunidades para que el fondo americano aumente. Siendo Ferreras bibliotecario mayor, el Rey otorga a la Biblioteca el derecho de tanteo en almonedas y subastas. Este hecho, unido al privilegio otorgado en 1716 según el cual la Biblioteca recibiría un ejemplar de todo libro que fuese publicado en el reino, coloca a la Real Biblioteca en una situación óptima para poder disponer no solo de todo lo nuevo que fuera saliendo de las prensas, sino también de lo antiguo que saliera al mercado. Entre los años 1734 y 1751 el bibliotecario Juan de Iriarte se ocupa de aumentar el fondo de la Biblioteca a través de nuevas adquisiciones³. Es en ese período, en que el bibliotecario mayor es Blas Antonio Nasarre, cuando se lleva a cabo la compra de una parte de la biblioteca del americanista Andrés González de Barcia

González de Barcia, nacido en Galicia en 1673, llegó a ser un interesante personaje intelectual y un gran bibliófilo. Como hombre de la Ilustración, fue uno de los

² Carrión Gútiérrez, Manuel, *La Biblioteca Nacional*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1996, p. 25

³ *Ibid.* p. 27 y ss donde dedica estas palabras al bibliotecario: “Iriarte tuvo una presencia larga, fecunda y angelical en la institución”

fundadores en julio de 1713 de la Real Academia de la Lengua bajo la presidencia del Marqués de Villena. Fue hombre inclinado a la literatura, tanto como creador –compuso poesía y varias comedias- como estudioso y editor. Como bibliógrafo destacó por acometer la tarea de publicar la obra de Nicolás Antonio *Bibliotheca Vetus et Nova*, de la que hizo una edición muy ampliada. Para emprender esta tarea, había adquirido en años anteriores a los herederos de Nicolás Antonio una parte importante de los manuscritos de su biblioteca, hoy conservada en la Biblioteca Nacional⁴. Pero lo que más nos interesa destacar aquí es una actividad que fue concebida con auténtica ambición y que respondía a un particular interés: publicar las obras clave tanto impresas como manuscritas de la historia de América. Entre los años 1723 y 1743 reedita o edita por primera vez las obras de una veintena de autores, entre ellos Hernando Colón, el Inca Garcilaso, Fernández de Oviedo... La empresa quedó inacabada por la muerte repentina de Barcia en 1743 y fue un sobrino del autor, llamado igual que él, Andrés González de Barcia, quien se encargó de continuarla. La obra, titulada *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales*, vio la luz en los talleres del impresor Joaquín Ibarra en 1749.

Elaboró además otra obra americanista de grandes proporciones, esta vez de carácter bibliográfico. Partió de la base de la escueta obra de León Pinelo *Epítome de la Biblioteca oriental, y occidental, náutica, y geográfica* publicada en Madrid en 1629. La obra elaborada por González de Barcia apareció como segunda edición, enormemente ampliada⁵ de la obra de Pinelo, y de esta manera, el bibliófilo ilustrado dotó a los estudios americanistas de una herramienta de gran valor que ve la luz en los años 1737-1738.

La faceta de coleccionista y bibliófilo de este personaje estaba presidida por los mismos intereses, pues formó, a lo largo de su vida, una magnífica biblioteca especialmente rica en obras americanas, algunas copiadas manualmente de los originales manuscritos a expensas suyas. Cuando murió sin haber hecho testamento, la familia puso rápidamente su biblioteca a la venta. La todavía Biblioteca Real manifestó enseguida el mayor interés y con el fin de adquirirla, su bibliotecario mayor, el ya mencionado Nasarre, inició los trámites para comprarla. Sin embargo, después de dos años de negociaciones, no había podido lograr la adquisición en bloque de la misma, de forma que recurrió a la compra de piezas y lotes antes de perder otras oportunidades, siempre amenazado por la posibilidad de que se dispersasen sus fondos.

El bibliotecario Juan de Iriarte se encargó de examinar el contenido de la biblioteca que interesaba adquirir y realizar una descripción de los manuscritos que consideró más importantes. Se conserva el documento autógrafo de Iriarte, una lista en que se contiene la descripción de 94 obras, de las cuales la dirección de la Biblioteca

⁴ Vid Gregorio de Andrés “La biblioteca manuscrita del americanista Andrés González de Barcia († 1743) del Consejo y Cámara de Castilla” en *Revista de Indias*, 1987, XLVII, núm. 181, p. 811-831

⁵ Ibid p.814 : “Fue tan ampliada por Barcia esta segunda edición, en comparación con la de León Pinelo en 1629, que, mientras ésta tiene 143 hojas de tamaño 4º, la edición de Barcia [...] abarca tres tomos en folio que suman 670 hojas. Como dato convincente señalaremos que la sección de la Biblioteca Geográfica de León Pinelo reseña unos 200 títulos, en la de Barcia se cuentan 6.000, y así relativamente en las demás secciones”

Real decidió comprar 53, contenidas en 64 códices⁶. De ellos, 18 eran de tema americano y los enumeramos a continuación:

-*Libro de Baltasar de Ovando*, religioso de la Orden de Santo Domingo, compuso siendo Obispo de la Ciudad imperial del Reino de Chile, año de 1605 (Mss/2934)

-*Ordenanzas para cinco tribunales de la ciudad de México* de Juan de Palafox (Mss/2940)

-*Conquista de Nueva España* por Fernández del Pulgar. Original (Mss/2997-2998)

-*Descripción de las Philipinas y de las Malucas e historia del Archipiélago Maluco* por el mismo autor. Original (Mss/3002)

-*Historia de la Florida* por el mismo autor. Original (Mss/2999)

-*Noticias sacras y reales de los dos imperios de las Indias Occidentales* por Juan Díez de la Calle. Tomos I y II. Originales (Mss/ 3023-3024)

-Ocho tomos originales compuestos de memorias y papeles tocantes al mismo asunto del mismo autor, (Mss/2734, Mss/2930, Mss/2939, Mss/3010, Mss/3025, Mss/3026, Mss/3047, Mss/3048)

-*Discurso del viage que hizo a las Indias Simón Pérez de Torres*, 4ª (Mss/3181)

-Memorial resumen y compendio breve de cédulas, decretos y ordenanzas etc de Indias por Juan Díez de la Calle. En Madrid a 30 de enero de 1646, en 4ª (Mss/3178)

Por suerte para los interesados en el conocimiento de las procedencias de estos fondos, Iriarte además confeccionó otra lista en la que enumeraba los manuscritos de González de Barcia no adquiridos por la Biblioteca Real en 1744 y, como dice Carrión, por esa condición de “playa de desembarco” que ha tenido nuestra Biblioteca Nacional, algunas de aquellas piezas bibliográficas no compradas entonces, llegarían después, por otros derroteros, a nuestros depósitos y hoy sabemos cuáles fueron gracias a los desvelos de Iriarte. Como ejemplo podemos citar el Mss/2822, la *Historia de la conquista, pérdida y restauración del reino y provincia de la Nueva México en América...* varias letras, 500 folios, dícese en el rótulo ser de (Juan de) Villagutierre y Sotomayor.

De todas formas, la compra que en 1744 la Biblioteca Real realizó a los herederos de Barcia, no fue solo de obras manuscritas, pues se adquirió además un lote de 2.000 libros impresos y se pagó por todo ello la cantidad de 5.820 reales de vellón⁷.

⁶ En la Biblioteca Nacional se conserva el documento manuscrito de Iriarte, donde se detalla la descripción de los manuscritos adquiridos: “Memoria de los libros del Sr. Dn. Andrés González de Barcia y se pusieron en la Real Biblioteca, miércoles día 4 de marzo de 1744” (Apud Gregorio de Andrés, *op.cit.*, p. 816 n24)

⁷ Vid. Gregorio de Andrés, *op.cit.* p. 815

1.3. Manuscritos hispanoamericanos de la Biblioteca Real a fines del siglo XVIII

Conocemos qué manuscritos de contenido americano existían en la Biblioteca Real por la lista-catálogo que el archivero José Rodríguez de Castro hizo llegar en 1786 al Secretario de Indias, José de Gálvez, marqués de Sonora, a la que Antonio Muro Orejón dedicó un estudio pormenorizado en 1983⁸. El manuscrito de Rodríguez de Castro contiene la relación de 102 manuscritos a la sazón custodiados en la Biblioteca Real. De cada uno de ellos, se consigna el autor o bien se señala la condición de anónimo, se transcribe el título, se ofrece una descripción física del documento, número de hojas, sus medidas, se transcribe el principio y el final del texto para su exacta identificación y se recogen otros datos de interés sobre la procedencia, marcas de posesión, dedicatorias a los Reyes, personajes relevantes etc.

Las firmas actuales de los manuscritos son las siguientes (mantenemos la agrupación temática que hace Muro Orejón)⁹:

1) Geografía

Mss/2468; Mss/3019; Mss /3102; Mss/3202; Mss/3176; Mss/2933; Mss/3064; Mss/3039; Mss/3100; Mss/3211; Mss/594; Mss/2929; Mss/3212; Mss/3179; Mss/2800; Mss/2825; Mss/3165; Mss/2199; Mss/3100

2) Historia

Mss/2812-2814; Mss/1995; Mss/2796-2799; Mss/2996; Mss/3216; Mss/3020; Vitr/26/11; Mss/2822-2823; Mss/2299; Mss/2937; Mss/2934; Mss/3030; Mss/3021; Mss/2838; Mss/2842; Mss/2997-2998; Mss/2943;

3) Fuentes Históricas y jurídicas

Mss/2935; Mss/3017; Mss/2932; Mss/2938; Mss/3178; Mss/3043; Mss/2989; Mss/3045; Mss/2927; Mss/3046; Mss/2816; Mss/2719;

4) Instituciones

Mss/2812-2814; Mss/2939; Mss/3183; Mss/3044; Mss/2835; Mss/3042; Mss/929; Mss/3100; Mss/2451; Mss/2940; Mss/2951; Mss/3031; Mss/2817; Mss/3035; Mss/3041; Mss/3040; Mss/2941; Mss/3034; Mss/3104; Mss/12351; Mss/2821; Mss/3032; Mss/1447

5) Internacional

Mss/3042; Mss/201

6) Varios

Mss/3047; Mss/3048; Mss/2010

7) Historia de la India Portuguesa, de Portugal y de la China

⁸ “El documento con la descripción de los manuscritos se halla en el Archivo de Indias en Sevilla en el legajo 1338 de la sección de Indiferente General” (apud Muro Orejón, “Manuscritos sobre América y Filipinas de la Antigua Biblioteca Real”, *Anuario de Estudios Americanos*, 40 (1983), p. 373

⁹ *Ibid* p. 3

Mss/3015; Mss/2936; Mss/3012; Mss/3042

2. SIGLO XIX: EL GRAN CRECIMIENTO

2.1. Compra de la biblioteca del mexicano José Carlos Mejía

En el siglo XIX, el fondo de toda la Biblioteca Nacional experimenta un enorme crecimiento y como consecuencia, el fondo de *Hispanoamérica* acusa tal incremento. Es en este siglo, cuando tienen lugar numerosas compras de importantes bibliotecas privadas, así como de otras colecciones más modestas de las que, en ocasiones, se seleccionan los fondos de mayor interés. También ocurren algunas donaciones y el ingreso de más de 50.000 volúmenes procedentes de instituciones eclesiásticas, debido a la política de desamortizaciones que da comienzo con José Bonaparte en 1809, continúa con los sucesivos gobiernos del trienio liberal, y culmina con las medidas tomadas por el Conde de Toreno y el Ministro Mendizábal¹⁰. Como hace Martín Abad, debemos señalar que la colección de la Biblioteca Nacional se ha formado “por la yuxtaposición de fondos de muy diversa procedencia”¹¹

Entre las compras a particulares de contenido relacionado con Hispanoamérica, hay que mencionar la adquisición en 1864, por 20.000 reales, de unos 8.000 impresos mexicanos de la biblioteca del mexicano José Carlos Mejía. Transcribimos las palabras de Eugenio Hartzenbusch en su informe sobre la compra que él mismo realizó:

“Destinada a la venta la colección, y embarcada con dirección a Europa, gran parte de los libros fue despojada de sus encuadernaciones, a fin de disminuir el peso y los gastos del viaje, durante el cual, hasta pasar de París a Madrid, perdieron en estado y en número, y por consecuencia, en valor. Ofrecidos a la Biblioteca Nacional, donde apenas había una sola obra modernamente impresa en aquella ciudad, capital hoy de imperio, esta circunstancia y la del precio en que fueron al fin cedidos, me hizo determinarme a comprarlos”¹²

La importancia de la biblioteca de Mejía estribaba, según aclara el propio Hartzenbusch, en que contenía obras y opúsculos del período posterior a la independencia, etapa vivida por el propio Mejía que las había recopilado con todo celo. Era por tanto una biblioteca única que contenía obras de gran rareza, publicadas muchas de ellas “en periódicos de todo género (políticos los más), y en miles de folletos políticos”¹³

¹⁰ Vid Carrión, Manuel, *op. cit.* 1996, p 89-90, donde menciona el informe efectuado en tal ocasión por el bibliotecario Basilio Sebastián Castellanos y la interesante circunstancia de que en la Biblioteca Nacional no hubo espacio para trasladar todos los fondos desamortizados.

¹¹ Julián Martín Abad “Crecimiento de la colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional en el siglo XIX: breves apuntes para una historia necesaria”, en *Boletín de la Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas*, XLII, (1992), I, p. 97

¹² Hartzenbusch, Juan Eugenio, *Memoria remitida al Excmo Sr Ministro de Fomento, Instrucción y obras públicas por el Director de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1865, p. 13

¹³ Idem

En la Biblioteca Nacional se conserva el *Catálogo de la Biblioteca Mexicana del Licenciado D. José Carlos Mejía*, de 1859¹⁴ en el que aparecen ordenados alfabéticamente los títulos de los libros que compusieron aquella biblioteca. Se indica también en cada título, el autor y la fecha de publicación, en su mayoría del siglo XIX y en menor medida del XVIII. A partir de estos títulos, he realizado búsquedas en nuestro catálogo y en nuestros depósitos sin poder encontrar en ninguno de los libros candidatos algún dato que lo identificara como perteneciente en su día al bibliófilo mexicano. Hemos de pensar que el hecho de que esta colección fuera despojada en buena parte de sus encuadernaciones, como hemos referido antes, pudo hacer desaparecer sus marcas de posesión, sellos o ex- libris, si es que alguna vez los hubo¹⁵.

2.2. Adquisición de la biblioteca del Conde de Benahavís.

En 1891, la Biblioteca Nacional incorpora parte de la Biblioteca de Ricardo de Heredia y Livermoore, ingeniero malagueño, Diputado a Cortes, a quien Alfonso XII había concedido el título de Conde de Benahavís. Desconocemos las razones por las cuales todavía en vida de su propietario, sale a pública subasta en París la biblioteca de este bibliófilo español que había dedicado su esfuerzo a reunir una extraordinaria -por cantidad y calidad- colección de libros raros, a la que habían llegado tesoros de diversa procedencia, por ejemplo de la biblioteca del Marqués de Morante, bibliófilo de origen mexicano¹⁶. Como ejemplo, podemos citar una edición de la Cuarta *Carta de Relación* de Cortés de García Icazbalceta en 1855. Se trata del R/3692 que ostenta el superlibrum de Morante y en el interior el ex libris de Benahavís¹⁷.

La marca de posesión que indica la pertenencia a esta colección es un ex-libris normalmente impreso en tinta negra, otras veces azul, algunas roja y en algún caso en tres colores, amarillo, verde y violeta en forma de círculo en el que aparecen inscritas las letras del apellido *Heredia* formando un criptograma. Se distingue una H en el fondo que a su vez forma parte de una cruz que marca el centro del dibujo, mientras el resto de las letras se adivinan superpuestas, exhibiendo trazos más fuertes.

La subasta, que se celebró en París entre el 22 y el 30 de mayo de 1891, fue precedida de dos exposiciones de los lotes, una pública y otra privada y la publicación del *Catalogue de la Bibliotheque de M. Ricardo Heredia Compte de Benahavis* (París, Em. Paul L Huard et Guillemin, 1891). En los preliminares del catalogo, aparece una carta en francés firmada por Marcelino Menéndez Pelayo y Manuel Zarco del Valle en la que ponen de manifiesto su admiración por la biblioteca del Conde y se lamentan ante la inminente dispersión de sus fondos. La Biblioteca Nacional, dirigida en ese momento por Tamayo y Baus, toma cartas en el asunto y a través de la Dirección General de Instrucción Pública de Bibliotecas, Archivos y Museos expresa la conveniencia de participar en la subasta y adquirir una serie de libros seleccionados del Catálogo. Con este fin, la Biblioteca Nacional, es dotada con la cantidad de 50.000 pesetas y designa a

¹⁴ Para su descripción, Vid. Julián Martín Abad entrada 569 de su obra *Manuscritos de interés bibliográfico de la Biblioteca Nacional* Madrid, Arco Libros, 2004.

¹⁵ De hecho, en la base de datos de BN, la búsqueda en notas de ejemplar del nombre de José Carlos Mejía no arroja en este momento ningún resultado

¹⁶ Vid Carrión, *op.cit.*, 1996, p. 126

¹⁷ Vid. Sánchez Mariana, *Bibliófilos españoles...*, p. 250

un bibliotecario, José de Rújula, del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, para asistir a la subasta y realizar las compras¹⁸. Por los informes que este encargado realizó una vez que ya había cumplido su cometido, se conocen con exactitud los fondos que ingresaron entonces en la Biblioteca Nacional. De ellos extraemos, en la siguiente enumeración, los de tema hispanoamericano:

-*Informe de D. Pedro Piña y Mazo*, Fiscal del Perú, sobre el IV Concilio Provincial de México, mss inédito del s. XVIII Mss/6553 (lote 146, adquirido por 40 pts)

-*Concilio provincial de México* (extracto) ms del s. XVIII con otras tres piezas añadidas, formando un total de 300 págs Mss/10653 (lote 147, adquirido por 140 pts)

-Ledesma, Bartolomé (O.P) *De septem novae legis sacramentis*, México, A. de Espinosa, 1566, 4º R/3558 (lote 166, adquirido por 200 pts)

-*Manual de los santos sacramentos* Conforme al ritual de Paulo V y formado por mandato de Juan Palafox y Mendoza por el Dr. Andrés Sáenz de la Peña, México, F. Robledo, 1642 R/1794 (lote 167, adquirido por 400 pts)

-Juan de Zumárraga, *Doctrina Cristiana en lengua española y mexicana*, México, Juan Pablos, 1548, proa de Ramírez R/4035 (lote 205, adquirido por 1000 pts)

-*Luz y guía de los Ministros evangélicos para navegar por el mar de este mundo...* por el P. Fr. Baltasar del Castillo, México, José Guillena Carrascoso, 1694 R/8601 (lote 206, adquirido por 80 pts)

-*Espejo y doctrina Xristiana para los naturales*. Compuesto en su idioma mexicano por Fr. Francisco de Ávila, ejemplar de Ramírez Mss/5763 (lote 207, adquirido por 60 pts)

-*Catecismo de la Doctrina Cristiana en lengua Otomí*. Trad. Al castellano por D. Francisco Pérez, México, Imprenta de Valdés, 1834 R/3990 (lote 209, adquirido por 20 pts)

-*Sermonario en lengua mexicana*, por Fr. Juan de la Anunciación (O.S.A), México, Antonio Ricardo, 1577 R/23375 (lote 213, adquirido por 200 pts)

¹⁸ El texto de contestación del Director General J. Díez Macuso a la petición por parte de la BN es el siguiente: “Al ordenador de pagos por obligaciones de este Ministerio comunico con esta fecha la Real Orden siguiente: En vista de la comunicación dirigida a este Ministerio por el Jefe Superior del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios exponiendo la conveniencia de adquirir libros, asistiendo a la subasta pública que recientemente ha de verificarse en París de la Biblioteca del Señor Conde de Benahavís para enriquecer la Biblioteca Nacional escogiendo los ejemplares más notables [...] S. M. el Rey (q. D. g.) y en su nombre la Reina Regente del reino, de conformidad con la referida propuesta, se ha servido autorizar al Director de la Biblioteca Nacional y a la Junta de Gobierno del Establecimiento para adquirir los ejemplares que considere convenientes por su mérito y rareza, autorizando a dicha Junta para fijar el maximum que haya de ofrecerse por cada libro, destinándose al efecto la cantidad de cincuenta mil pesetas que deberán librarse a justificar con cargo al capítulo 13, artículo 7º, del presupuesto vigente y a favor del Habilitado del citado Establecimiento literario...” (Apud López del Toro, José, “La Biblioteca del Conde de Benahavís: Nuestra Nacional en la subasta” en *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*, 48, 1958, p 10-16.

-*Salmodia cristiana y sermonario de los Santos del año*, por Fr Bernardino de Sahagún (O.S.F.), México, Pedro Ocharte, 1583 R/8612 (lote 214, adquirido por 200 pts)

-*Mística teología...* Compuesta por S. Juan Eustaquio Buena Ventura, México, Pedro Balli, 1575, ejemplar de Ramírez R/1492 (lote 216, adquirido por 50 pts)

-*Aurora alegre del dichoso día de María Santísima...* por Fr Francisco A. de Vereo. México, J. Bernardo de Hogal, 1730 R/24853 (lote 253, adquirido por 20 pts)

-*Los puntos de la regla que han de guardar las sororas del convento de N.P.S. Bernardo de México...* año 1744, ms s. XVII, ejemplar de Ramírez Mss/8135 (lote 317, adquirido por 30 pts)

-*Mathematica demostración de las letras dominicales desde el principio del mundo hasta el año 1760...* por un nacional de México, bajo el cómputo que refiere la V.M. María de Jesús de Agreda, ms. S. XVIII. La dedicatoria a la Virgen está firmada por Cayetano de Verdiguier Mss/7485 (lote 535, adquirido por 65 pts)

2.3. Aportaciones menores de otras bibliotecas privadas

Son muchas, como hemos señalado ya, las compras realizadas por la *Nacional* a lo largo de todo el siglo. Ante compras tan importantes e incorporaciones tan cuantiosas como las que acaecen con las desamortizaciones, parecen desdibujadas y casi olvidadas algunas compras menores en las que a veces aparecen adquiridos documentos interesantes para el estudio de América. Citamos algunas de ellas a continuación.

Tal es el caso de la compra de un lote de manuscritos a Augusto Burgos llevada a cabo en vida de su propietario, en 1855. Como parte integrante de este lote, se incorporan, por ejemplo: *Tercera parte de las noticias históricas de las conquistas de Tierra firme en las Indias Occidentales*, por el P. Fr. Pedro Simón (Mss/12857), así como *Conquista del Reino de Nueva Galicia en la América septentrional...* por el licenciado D. Matías de la Mota Padilla. 2 tomos (Mss/2752 y Mss/2753)¹⁹.

En 1880, la *Nacional* adquiere una selección de manuscritos e impresos a José Sabau, hijo de Pedro Sabau y Larroya quienes habían conservado una biblioteca familiar con ciertas piezas de singular relevancia. Entre ellas, encontramos la *Historia de las Philipinas* de Martínez de Zúñiga, Sampaloc, 1803 (R/1770) y los manuscritos *Estado del virreynato de Santa Fee*, 1772 (Mss/3118) y la *Exposición dirigida el 15 de setiembre de 1812 a la Regencia del Reyno por D. José Cevallos, Coronel Gobernador de la Provincia de Coro en la Capitanía General de Venezuela, dando cuenta de la expedición verificada en aquel año para pacificar el territorio de su mando* (Mss/18632)²⁰.

¹⁹ Vid Martín Abad, *op.cit.*, 1992, p.103 y ss. donde el autor aclara que la adjudicación de estos documentos a la colección "Böhl de Faber" es un error repetido.

²⁰ *Ibid*, p. 108 y ss.

Otro ejemplo de adquisición de biblioteca privada en la misma época, concretamente abril de 1891, es la de la Condesa de Campo Alange, Manuela Negrete y Cepeda, en un principio acomodada en los Estudios de San Isidro, y más tarde, trasladados sus fondos a la *Nacional*, previamente seleccionados los libros de los que la institución carecía²¹. Entre ellos, aparecen algunas contribuciones interesantes al fondo hispanoamericano. Como ejemplo podemos citar la obra *Anagramas, en aplauso, y gloria de la Concepcion Purissima de Maria Señora Nuestra...* original de un Ingenio de Nueva España [sic] (Madrid : [S.n.], 1724) conservada hoy en el depósito de fondo antiguo con la signatura R/36993 que exhibe en su contratapa el ex-libris de la Condesa.

2.4.La Biblioteca de Ultramar

Un acontecimiento de gran relevancia para el incremento de la colección de Hispanoamérica de la Biblioteca Nacional fue la incorporación de la Biblioteca de Ultramar.

Para trazar la historia, bastante azarosa, de esta biblioteca, debemos remontarnos al año 1874 cuando surge el primer intento de creación en Madrid de un museo colonial. El proyectado museo dependería del Ministerio de Ultramar y expondría al público una amplia selección de productos y objetos procedentes de las islas de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Fernando Poo, es decir, las posesiones ultramarinas que a la sazón España todavía conservaba. El Decreto regulador, firmado por el Presidente de la República, Francisco Serrano, el 27 de septiembre de 1874, dictaba el procedimiento para que se pudiera llevar a cabo tal iniciativa. Se establecería una Junta en cada una de las provincias ultramarinas presidida por el Gobernador General, que seleccionaría objetos de interés y los enviaría a la Península.

En Madrid, se decidió que la sede del futuro museo sería la planta baja de la Audiencia, donde fueron almacenándose los objetos recibidos desde las provincias ultramarinas. Sin embargo, este primer proyecto quedó suspendido diez años después cuando la Junta Directiva decidió que el proyecto debía ser abandonado por “carecerse de medios bastantes para organizarlo”²². Se decidió entonces que los fondos enviados por las correspondientes juntas ultramarinas se llevaran a distintos organismos como el Museo Arqueológico Nacional, las distintas facultades de la Universidad, etc. Quedó pues suspensa la iniciativa de creación del Museo de Ultramar y dispersos los fondos todavía poco numerosos con que contaba.

Sin embargo, unos años después, en 1887, otro acontecimiento iba a hacerlo posible y, como tantas veces ocurre, fue decisivo el tesón y el empeño de una persona que lo impulsó con decisión: Víctor Balaguer i Cirera.

²¹ Vid Carrión, *op.cit.*, 1996, p. 126

²² Vid Carrero Navarro, Luisa; Rosa Mª Blanco García y Ángeles Blanco García, “La supresión del Museo-Biblioteca de Ultramar en 1898 y los problemas de traslado y conservación de sus fondos” en *Los significados del 98: la sociedad española en la génesis del siglo XX / [Congreso Internacional que, auspiciado por la Universidad Complutense, tuvo lugar a finales de 1998]*; Octavio Ruiz-Manjón, Alicia Langa Laorga (eds.) Madrid : Biblioteca Nueva [etc.], 1999, p. 572.

Este político y literato, figura destacada de la Renaixença catalana, que poco después llegaría a ser ministro de Ultramar, se convirtió en el gran impulsor de la celebración de la *Exposición General de las islas Filipinas* en Madrid, iniciativa apoyada por Cánovas del Castillo y por el propio Rey Alfonso XII. Las ideas impulsoras eran, de un lado, la conveniencia de dar a conocer los territorios en cierta medida olvidados por los españoles y de otro, la oportunidad de fomentar las relaciones comerciales entre España y sus posesiones coloniales. El Ministro de Ultramar, Germán Gamazo, hablaba de “las riquezas de aquellas islas feracísimas” y de la ignorancia acerca de ellas “en que vive la Metrópoli” como razones para que no se hubieran “establecido grandes corrientes de comercio que impulsen la agricultura e industria de la Península y el Archipiélago”²³.

Otros hechos, de cariz político aconsejaban no desperdiciar la oportunidad de celebrar una exposición de estas características: las potencias internacionales hacía tiempo que ejercían una fuerte presión, interesadas en los enclaves estratégicos que todavía pertenecían a España. En estos momentos, el interés era patente y creciente y como resultado, había estallado el conflicto con Alemania por la soberanía de las Carolinas, en el que hubo de mediar el papa León XIII y que tuvo una inusitada respuesta popular.

La exposición se dotó, en una parte importante, con los fondos del extinguido museo ultramarino y se incrementó con interesantes colecciones de objetos representativos de la etnografía isleña traídos ex profeso. Se exhibió incluso un grupo de nativos de las distintas provincias filipinas realizando sus trabajos artesanos autóctonos.

El lugar elegido como más adecuado para la exhibición fue el Parque del Buen Retiro de Madrid y la exposición se inauguró por todo lo alto el día 30 de junio de 1887. El éxito de la muestra fue enorme y el reconocimiento de lo que era todo un despliegue de medios para la época, unánime. Apoyado en ello, Víctor Balaguer promovió la idea de que la *Exposición de Filipinas* se hiciera permanente en Madrid y así se decidió antes de que la muestra llegara a su fin. Él mismo, triunfante, anunció en su discurso de clausura que la exposición duraría hasta el 30 del mes de abril y a partir de esa fecha se convertiría en Museo y Exposición permanente de las provincias de Ultramar, al que se dotaría de una biblioteca propia.

Para la conversión de la Exposición en Museo se creó una Comisión que, una vez realizadas las primeras tareas, se constituyó por Real Orden de 9 de noviembre del mismo año, en Junta Directiva del Museo-Biblioteca de Ultramar, la cual tendría a su cargo su posterior administración.

Nace así el Museo-Biblioteca de Ultramar en 1888, como consecuencia directa de la Exposición General de Filipinas. La finalidad del nuevo museo, creado por Real Decreto en octubre de 1887, era en gran medida comercial. Se pretendía específicamente, dar a conocer los productos de Ultramar en el mercado nacional para potenciar así el comercio con Filipinas y las demás provincias ultramarinas. Por este carácter, resultaba ser un museo distinto de los demás museos europeos y españoles de

²³ Ibid. p. 574.

la época, pues se trataba más de una exposición permanente orientada al comercio. Como apuntan M^a Luisa Navarro García y Rosa y Ángeles Blanco “esta concepción, a pesar de su indudable interés, pesaría durante los años siguientes en el Museo-Biblioteca de Ultramar y propiciaría la decisión de su cierre definitivo años después, tras la pérdida de las colonias”²⁴.

En cuanto a la Biblioteca, esta no fue deudora en lo que se refiere a sus fondos de la Exposición General, ya que, según informa Vigil, autor de su *Catálogo*, al cierre de la muestra, el material bibliográfico que quedaba no era más que un centenar de folletos²⁵. Los importantes fondos hispanoamericanos con los que llegaría a contar esta biblioteca se fueron reuniendo después, a lo largo de su corta vida. En un principio, la Biblioteca del Ministerio de Ultramar, establecida por Cánovas del Castillo, aportó unos centenares de libros que, según cuenta el propio Vigil, a la hora de catalogarlos, se vio que muchos ni siquiera trataban de temas de interés para la Biblioteca. Sin embargo, hay que señalar que hubo una tarea continua y fructífera de búsqueda y adquisición de piezas. Se estimuló el donativo por parte de la Directiva tanto de particulares como de otras entidades de la Administración, empezando por el Archivo de Indias y siguiendo por los distintos Ministerios, la Biblioteca Nacional y los Archivos de las Provincias, de forma que todos ellos remitieron a la recién creada biblioteca los duplicados que pudieran tener interés²⁶.

De esta manera, se había llegado a reunir 2.000 volúmenes, cuando el Consejo de Filipinas tuvo ocasión de hacer dos importantes adquisiciones bibliográficas para donarlas después al Museo-Biblioteca: la sección colonial de la biblioteca de Pascual Gayangos²⁷, unas mil piezas, en palabras de Vigil “verdaderas joyas bibliográficas [que dieron] a la Biblioteca Colonial un gran relieve”²⁸ y la del americanista Justo Zaragoza, médico e historiador de Hispanoamérica, que había vivido en Cuba y desempeñado varios cargos en el Ministerio de Ultramar. Estas procedencias se reconocen por sus exlibris correspondientes. El de Gayangos es un pequeño sello rectangular en tinta roja en que aparece inscrito el nombre de “Pascual Gayangos” o bien un sello ovalado en tinta azul donde se lee “Biblioteca de Pascual de Gayangos”. El de Justo Zaragoza es un sello en tinta azul con el nombre y apellido del bibliófilo sin ningún marco. Hubo también otras adquisiciones menos notables como los 1.700 impresos adquiridos a otro bibliófilo americanista y naturalista, Marcos Jiménez de la Espada²⁹.

La Junta Directiva del Museo-Biblioteca había sentado las condiciones que debían cumplir los libros que entraran a formar parte de la biblioteca: habían de ser obras que tuviesen interés para el estudio de las provincias ultramarinas, publicadas en Ultramar o de autores ultramarinos. Los fondos de la biblioteca estaban divididos en las siguientes secciones:

²⁴ Ibid. p. 577

²⁵ Vid. Vigil, Francisco de Paula, *Museo-Biblioteca de Ultramar en Madrid, Catálogo de la Biblioteca*, Madrid, Imprenta de la sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1900, p. V

²⁶ Vid. Carrero Navarro y otras, *op. cit.* p. 579.

²⁷ El resto de la biblioteca sería comprada por la Biblioteca Nacional, salvo los libros árabes donados por el propio Gayangos a la Real Academia de la Historia.

²⁸ Vigil, *op. cit.*, p. VI

²⁹ Vid. Luisa Cuesta Gutiérrez, “Dos grandes bibliotecas del Extremo Oriente para la Nacional de Madrid”, 1959, p. 120

- . Hª gral de América
- . Hª de América Contemporánea
- . Colección de documentos oficiales relativos a la época en que España era dueña y señora del territorio de la Florida
- . Prensa ultramarina
- . Libros curiosos de los siglos XVI, XVII y XVIII
- . Obras varias y raras (libros de papel de seda, de arroz. Grabados...) ³⁰

La Biblioteca, físicamente, se encontraba instalada en el gran salón del Palacio de Exposiciones del Parque del Retiro forrado de estanterías confeccionadas con la madera que había servido de embalaje para transportar los objetos enviados desde Ultramar que exponía el Museo. En ellas, se conservaron los 15.000 volúmenes que llegaron a formar parte de esta Biblioteca, de cuya importancia hablan algunas cifras como la de los 21.239 lectores que la visitaron durante sus doce años de vida ³¹. Esta cantidad adquiere su justo valor si se tiene en cuenta que la población de la capital en los últimos años del siglo XIX era de medio millón de habitantes. Por ella pasaron personajes de la talla de Emilo Castelar, Pi y Margall, Cánovas del Castillo y Julián Calleja entre otros. Tenía carácter solo de consulta aunque el Presidente de la Junta podía autorizar el préstamo y la copia de documentos en casos especiales ³².

El desastre de 1898, que supone la pérdida de todas las provincias ultramarinas, repercute directamente en la situación del Museo-Biblioteca. Tan solo un año después por Real Decreto de 23 de abril, acaece la supresión del organismo del que dependía, el Ministerio de Ultramar ³³. Los funcionarios del Cuerpo Facultativo, que ya en épocas anteriores habían expresado lo innecesario, a su juicio, de la creación del museo ultramarino, argumentando que el estudio de aquellas provincias podía hacerse desde la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico, redactaron ahora un informe a favor de su cierre definitivo. Argumentaban que la razón de ser del museo –favorecer el comercio con Filipinas etc.- ya no incumbía a España.

Se produjo entonces una enconada diatriba, bien reflejada en la documentación de la época, entre los partidarios de mantener el Museo-Biblioteca y los que creían que debía suprimirse y reabsorberse sus fondos por organismos mayores. La facción de quienes preconizaban que el Museo-Biblioteca debía continuar estaba liderada, como cabía esperar, por Víctor Balaguer, quien luchó hasta el final por mantenerlo. Durante años, se producen sucesivas reuniones y acuerdos parciales que explican los diez años que el Museo-Biblioteca sobrevivió al 98.

Conscientes sus directivos de la situación crítica del Museo y de su Biblioteca, se acomete la elaboración del catálogo por el ya citado Francisco de Paula Vigil que se publica en 1900. Ese mismo año, se seleccionan a partir del catálogo 1733 volúmenes entre impresos y manuscritos que constituyen una primera entrega de fondos a la

³⁰ Vid. Carrero Navarro y otras, *op. cit.*, p. 579-580

³¹ Idem

³² Idem

³³ En 1899, el Museo-Biblioteca pasó a depender del Ministerio de Fomento y en 1902, de la sección de Bellas Artes del Ministerio de Instrucción Pública (Ibid, p. 582)

Biblioteca Nacional³⁴. Es en 1908 cuando, por fin, por medio de una Real Orden de 4 de febrero, se toma la decisión de suprimir el museo-biblioteca y no fueron los conservadores de museos ni los bibliotecarios los que tuvieron la última palabra, sino los artistas que, agrupados en torno al Círculo de Bellas Artes, reclamaban el Palacio de Exposiciones del Parque del Retiro, sede todavía del Museo de Ultramar, para albergar la Exposición Bienal de Bellas Artes. Los libros de la Biblioteca se entregaron en depósito, en su mayor parte, a la Biblioteca Nacional y en menor proporción, al Museo de América³⁵.

3. SIGLO XX: UNA AMPLIA COLECCIÓN QUE QUEDA CONSOLIDADA

3.1. Ingreso en BN de la extinta Biblioteca de Ultramar y de la colección de Pascual Gayangos

Es en 1908, cuando la mayor parte del fondo de la Biblioteca de Ultramar entra a formar parte de la Colección de la Biblioteca Nacional, que venía a unirse a tantos fondos de tema americano y filipino que poseía la institución desde antiguo. El volumen de lo ingresado con ocasión del cierre del Museo-Biblioteca de Ultramar fue de tal importancia que se consideró oportuno dedicar a él una sala específica. Así, en la primera disposición del edificio de la *Nacional*, existía una “Sala de Obras procedentes del Museo y Biblioteca de Ultramar”³⁶. A los documentos de esta procedencia se les dio la signatura BU/ más un número currens³⁷.

Entre los fondos que aporta a la *Nacional* la Biblioteca de Ultramar, los hay de enorme importancia y ello es en gran parte porque incorpora la sección americana de Gayangos. El bibliófilo e intelectual Pascual Gayangos merece una mención detenida siempre que se hable de la procedencia de los fondos históricos de nuestra Biblioteca:

“La [colección] de sus libros y manuscritos pasó a la Biblioteca Nacional. 1315 cuerpos de libros y legajos (catalogados por Roca en su conocido catálogo) que ocupan las signaturas Mss/17451-18582 de la sección de manuscritos y unos 22.000 volúmenes impresos hablan por sí solos. El informe emitido por la comisión mixta nombrada para enjuiciar la conveniencia de su adquisición por el Estado y para la tasación de la misma, a parte de constituir un folleto magníficamente impreso, es una continua confesión de pasmo ante lo reunido por el sabio coleccionista”³⁸

Como ejemplo de rareza, podemos citar un conjunto de impresos, poco conocidos, de gran interés desde muchos puntos de vista y en cierto modo, comparable con los pliegos de cordel peninsulares. Se trata de ese tipo de impreso de carácter efímero, por ello raras veces conservado, que nos permite asomarnos a la realidad cotidiana de una época y a los asuntos que mueven el interés popular (hechos heroicos,

³⁴ Vid Carrión, *La Biblioteca Nacional*, 1996, p 120

³⁵ Vid. Cuesta Domingo, M. y Nieves Sáenz García “Fondos de la Biblioteca de Ultramar en el Museo de América de Madrid”, 1980, pág 127 y ss.

³⁶ Vid Carrión, , “La Biblioteca Nacional de Madrid, Biblioteca Hispánica”, 1977, p. 54

³⁷ BU existe todavía hoy en la BN no solo como signatura antigua. En el Catálogo informatizado podemos encontrar unos 500 fondos con esta signatura, ubicados físicamente en el Depósito de Alcalá de Henares.

³⁸ Vid. Carrión “Don Pascual Gayangos y los libros”, 1985, págs. 73-74

prodigios, romances, poemas...). Se trata de una serie de *Corridos*, pues así se denominaban este tipo de composiciones en las Islas Filipinas. Unas veces, son traducciones libres de los romances peninsulares y europeos a las lenguas autóctonas; otras, están escritos en español, pues justamente a principios del siglo XX, cuando ya las islas habían quedado bajo la hegemonía de los Estados Unidos, se da en ellas una producción literaria en español variada y extensa de cuyas manifestaciones más populares estos impresos son un ejemplo precioso. Encontramos así romances cuya materia es el Cid, los Infantes de Lara, Inés de Castro...³⁹

3.2. La Sección de Hispanoamérica de la Biblioteca Nacional

La última consecuencia del ingreso en BNE de la Biblioteca de Ultramar a principios del siglo XX fue la creación en 1949 de la *Sección de Hispanoamérica*, que funcionó hasta los años ochenta⁴⁰. El cuantioso fondo de la Biblioteca de Ultramar primero entró en la *Nacional* como depósito, pero varias décadas después lo encontramos integrado definitivamente⁴¹, unido a otros ingresos de la misma época, como la biblioteca de Francisco Pi i Margall, Presidente de la I República, muy rica en fondos de interés americano, que había sido donada por su viuda, Petra Arsuaga, en 1902⁴². Considerando la importancia de aquellas donaciones, se vio la conveniencia de realzar esta parte de la colección de la Biblioteca por medio de la creación de una sección especial. De todas formas, según apunta Carrión, aquella “fue sobre todo, obra de la voluntad y tesón de una bibliotecaria, Luisa Cuesta”⁴³ quien acometió la tarea de elaborar un Catálogo de las obras que la integraban⁴⁴, el cual quedó inconcluso y solo se publicó el primer tomo.

La sección de *Hispanoamérica*, aglutinaba en sus últimos años más de 70.000 volúmenes y tenía signatura propia: HA (=Hispanoamérica) más un número currens. En ella, tuvo gran importancia el fondo filipino, que hasta entonces había estado escasamente representado en la Biblioteca Nacional⁴⁵.

Con la profunda reforma de la estructura de la Biblioteca Nacional llevada a cabo en 1986, se suprimen todas las secciones especiales, pues se impone una concepción moderna que la organiza en virtud de los servicios bibliotecarios. Los fondos que integraron la Sección de Hispanoamérica pasaron en su mayor parte a conservarse en el Depósito General manteniendo su signatura HA. Algunos, por condiciones especiales de rareza y antigüedad, pasaron a conservarse en el depósito de fondo antiguo con signatura R/ más su número currens correspondiente. En las guardas y contratapas de estos libros, podemos encontrar sus antiguas signaturas BU y HA. Algunos impresos de poca entidad, anteriores a 1800, pasaron a la colección de “Varios Especiales” cuya signatura es VE/, y se conserva en el depósito de fondo antiguo y en muchos de ellos, podremos descubrir su antigua pertenencia a la Sección de

³⁹ Vid. Luisa Cuesta, *op. cit.* 1959, p 126.

⁴⁰ Vid. Carrión, *op. cit.*, 1996, p. 131

⁴¹ Vid. Luisa Cuesta, *op. cit.* 1959, p. 120

⁴² Vid. Carrión, *op. cit.* 1996, p. 133

⁴³ *Ibid* p. 131

⁴⁴ Luisa Cuesta, *Catálogo de obras Ibero-Americanas y Filipinas de la Biblioteca Nacional de Madrid. Obras generales*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1953.

⁴⁵ Vid. Luisa Cuesta, *op. cit.* 1959, p.120

Hispanoamérica porque encontraremos una antigua signatura de HA/. Finalmente, una parte importante de las publicaciones seriadas con que contaba la suprimida *Sección* pasó al Depósito General de revistas.

3.3. Adquisición de la Biblioteca Graíño

En 1959, la Biblioteca Nacional adquiere la colección del gran bibliófilo americanista y filipinista Antonio Graíño. Poco después de su muerte, acaecida en 1945, sus herederos, los hermanos Suárez, pusieron a la venta la colección. El bibliógrafo Carlos Sanz, que después realizó un catálogo de la misma⁴⁶, fue quien se ocupó de tasarla y lo hizo en tres millones de pesetas. A pesar de ello, sus propietarios decidieron ofrecerla al Estado Español en la mitad de esa cantidad, expresando la circunstancia de que si el precio no fuera aceptado, se ofrecería al Estado Filipino en dos millones de pesetas⁴⁷. Según relata el estudioso filipino, Dr. Abella, en el prólogo a la *Bibliografía* de Carlos Sanz, una serie de malos entendidos hicieron que los esfuerzos del propio Sanz para que la colección fuera a Filipinas no dieran fruto y finalmente, los preciados libros fueron comprados por el Estado Español y quedaron en nuestra Biblioteca⁴⁸.

Se trata de una colección de gran valor, especialmente por lo que se refiere al libro filipino, atesorada a lo largo de los años por su propietario, que ofrece piezas de enorme rareza, varios ejemplares únicos en el mundo y en muchos casos, en excelente estado de conservación. Para aquilatar su valor, hay que tener en cuenta las especiales condiciones de rareza que rodean siempre al libro antiguo filipino. Se dan varias circunstancias que hacen difícil en extremo su conservación. En primer lugar, el soporte escriptorio en el que muchos de ellos están impresos, el papel de arroz, material muy cargado de alumbre, que con el paso del tiempo se mancha y se desintegra con extrema facilidad. A ello hay que unir la presencia del anay, un insecto bibliófago propio de las islas, que con su voracidad, ha reducido considerablemente el acervo documental filipino. También las condiciones climáticas del archipiélago –calor y humedad extremos- contribuyen a la destrucción de su patrimonio librario. Y por si todo esto no fuera suficiente, hay que añadir que los conflictos bélicos del siglo XX fueron enormemente destructivos en las islas. En este sentido, son muy ilustradoras las palabras de Wenceslao E. Retana, historiador y bibliógrafo de Filipinas que a principios del siglo XX aseguraba:

“El libro filipino un tanto antiguo tiene para el bibliófilo el encanto indefinible de la rareza. Son, en efecto, tan raros los libros allí estampados, que no sabemos de ningún impreso del siglo XVII, del cual existan arriba de seis ejemplares en el mundo; y en cambio, sabemos de no pocos impresos que han existido y de los cuales no se halla ni un solo ejemplar”⁴⁹

Los libros pertenecientes a esta colección se identifican por el ex-libris de su propietario. Numéricamente la colección se compone de 862 obras. De éstas 74

⁴⁶ Sanz, Carlos, *Bibliografía descriptiva y crítica de libros filipinos de Don Antonio Graíño*, Manila: Instituto Nacional de Historia, 1976, XVII, 300 p.

⁴⁷ Luisa Cuesta *op. cit.* 1959, p.121

⁴⁸ Vid. Abella, “Prólogo” en: Carlos Sanz, *op. cit.*

⁴⁹ Apud Carlos Sanz, *op. cit.*, p. 284-285

pertenecen al siglo XVII, 27 de las cuales son ejemplares únicos. Del siglo XVIII hay 171; 390 del XIX y 37 del XX⁵⁰. De todas ellas, 570 son volúmenes y 270 son folletos o impresos de menor entidad. Se conserva en el depósito de fondo antiguo con la signatura R/, en el intervalo R/32938-R/33375. Los 270 folletos se guardan en 9 cajas, designadas con los nueve últimos números de la secuencia que acabamos de mencionar⁵¹.

Entre los tesoros más destacados que ingresan en la Biblioteca Nacional al adquirir los libros de Graño, se encuentran algunos de los incunables filipinos más raramente conservados. La imprenta se reinventa en las Islas en los últimos años del siglo XVI⁵² y por tanto, el período incunable se extiende hasta bien entrado el XVII. Gracias a la colección Graño, la Biblioteca Nacional posee, por ejemplo, el *Arte y reglas de la lengua tagala* de Fray Francisco Blancas de San José, (Bataán, Tomás Pimpín, 1602), uno de los primeros libros impresos en el Archipiélago de San Lázaro. Un ejemplar de la obra había ingresado en la Biblioteca Nacional procedente de la Colección Gayangos, pero desapareció de ésta en los primeros años del siglo XX. Así, con la entrada de los libros de Graño, la BNE recupera, en otro ejemplar, esta importante obra de la primera imprenta filipina⁵³.

CONCLUSIÓN

La colección de fondos de Hispanoamérica y Filipinas que posee hoy la Biblioteca Nacional es, sin duda, una de las más ricas en el mundo por la cantidad y la calidad de sus documentos. Como ya hemos señalado, así cabe esperar de su condición de primera biblioteca del idioma español. Su formación ha sido un proceso prolongado a lo largo de los siglos, por medio de la tarea de compra diseñada por las políticas de adquisición de la institución y la incorporación de las más diversas colecciones como consecuencia de incautaciones, desamortizaciones o la supresión de instituciones menores.

Actualmente, los fondos hispanoamericanos se conservan en los diferentes depósitos de nuestra Biblioteca Nacional (depósito general, fondo antiguo, revistas, depósito de Alcalá...), pues ni siquiera cuando en su día, existió la *Sección de Hispanoamérica*, se reunieron en la misma sección todos los fondos de interés americano y filipino que poseía la Biblioteca, ya que los manuscritos, los incunables y muchos impresos raros permanecieron en el depósito de fondo antiguo de la Sala Cervantes.

⁵⁰ Datos tomados de Luisa Cuesta, *op.cit.* 1959, p.121

⁵¹ La colección de Graño pasó directamente a la signatura R/ cuando se compró, según creen las bibliotecarias Emilia de la Cámara y Cristina Guillén, cuya experiencia y conocimiento en estos temas es enorme. Sin embargo, puede encontrarse alguna obra con signatura HA cuya ficha catalográfica específica que ingresó en la compra de Graño. Así, por ejemplo, las obras con signatura HA/15163 y HA/16449, las cuales no exhiben el ex-libris de Graño aunque consta que se compraron en aquellos lotes.

⁵² Vid P[aloma] A[lbalá] H[ernández] "Imprenta en Filipinas" en *Diccionario histórico geográfico y cultural de Filipinas y el Pacífico*, coordinación y dirección: Leoncio Cabrero Fernández... Madrid, AECE-Fundación Carolina, 2008, p. 457-467

⁵³ Vid Luisa Cuesta, *op. cit.* 1959, p.122 y ss.

BIBLIOGRAFÍA

- Alenda, Jenaro Proyecto de una sala de Varios en la Biblioteca Nacional, Madrid, Tipografía de Estrada Díaz y López, 1867
- Bouza Álvarez, *El libro y el cetro: la Biblioteca de Felipe IV en la Torre Alta del Alcázar de Madrid*, Salamanca, 2005,
- Carrero Navarro, M^a Luisa, Rosa M^a Blanco García y Ángeles Blanco García, “La supresión del Museo-Biblioteca de Ultramar en 1898 y los problemas de traslado y conservación de sus fondos” en *Los significados del 98 :la sociedad española en la génesis del siglo XX / [Congreso Internacional que, auspiciado por la Universidad Complutense, tuvo lugar a finales de 1998]* ; Octavio Ruiz-Manjón, Alicia Langa Laorga (eds.) Madrid : Biblioteca Nueva [etc.], 1999, p.569-586.
- Carrión Gútiéz, Manuel, *La Biblioteca Nacional*; Madrid, Biblioteca Nacional, 1996, 206 p.
- Carrión Gútiéz, Manuel, “La Biblioteca Nacional de Madrid, Biblioteca Hispánica” en *Revista de Información, Comisión Española de Cooperación con la UNESCO* (1977), núm. 12,p 47-56,
- Carrión Gútiéz, Manuel “D. Pascual Gayangos y los libros” en *Documentación de las Ciencias de la Información*, VIII, Madrid, Universidad Complutense, 1985, p. 71-90
Carrión, Manuel, *La Biblioteca Nacional*; Madrid, Biblioteca Nacional, 1996
- Cid Carmona, Víctor, *Repertorio de impresos mexicanos en la BN de España, siglos XVI y XVII*. – México: El Colegio de México, 2004. – 205 p
- *Códices americanos: catálogo da mostra*, M Cuesta Domingo, C. Sixirei Paredes (dirección e comisariado), Santiago de Compostela: Universidade, 1995, 219 p.
- Cuesta Gutiérrez, Luisa, *Catálogo de obras iberoamericanas y filipinas de la Biblioteca Nacional de Madrid* prólogo de Francisco Sintés Obrador, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1953, VII, 322 p.
- Cuesta Gutiérrez, Luisa, “Dos grandes bibliotecas del Extremo Oriente para la Nacional de Madrid” En *Gutenberg Jahrbuch*, 1959, p. 120-126
- Cuesta Gutiérrez, Luisa, “La imprenta colonial limeña y ejemplares que de ella conserva la Biblioteca Nacional de Madrid” En *Gutenberg Jahrbuch*, 1958, p. 166-174
- De Andrés, Gregorio, “La biblioteca manuscrita del americanista Andrés González Barcia(1743) del Consejo y Cámara de Castilla”, en *Revista de Indias*, 1987, vol XLVII, núm. 181, p. 811-831

- Esteve Barba, Francisco, “Notas para un estudio de los fondos relativos a América en la Biblioteca Nacional” en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXIII, (1966), I, p. 245-269
- Ezquerro Abadía, Ramón, “Fondos de la Biblioteca Nacional relativos a la historia de la geografía, de los descubrimientos y de América” En *Ensayos de metodología histórica en el campo americanista*. Coordinador, Fermín del Pino Díaz. Madrid: Centro de Estudios Históricos. Departamento de Historia de América, 1985 (Anexos de Revista de Indias; 1) p. 43-60
- Flores Calderón, Manuel “La sala de Varios en la Biblioteca Nacional” en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo V, 1901, p. 433-442 y 695-708, tomo VI, 1902, p. 170-194
- Lasso de la Vega, Javier, “La Biblioteca Nacional, el Archivo y el Museo de Indias, empresas de hispanidad” en *Revista de Indias*, Madrid, VIII, 1947, p. 475-483
- López del Toro, José “La Biblioteca del Conde de Benahavís: nuestra Nacional en la subasta” En *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*, 48, 1958, p 10-16.
- Martín Abad, Julián “Catálogos, Índices e inventarios de bibliotecas particulares del siglo XVIII conservados en la sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid”, en *Cuadernos Bibliográficos*. XLIV (1982), p. 109-122
- Martín Abad, Julián “Crecimiento de la colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional en el siglo XIX: breves apuntes para una historia necesaria”, en *Boletín de la Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas*, XLII, (1992), I, p. 97-116
- Muro Orejón, Antonio “Manuscritos sobre América y Filipinas de la Antigua Real Biblioteca” en *Anuario de Estudios Americanos*, XL (1983) p. 373-410
- Paz y Espeso, Julián, *Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional*, Madrid, s.n., 1933 (Tip. Archivos), VIII, 724 p. y 2ª ed. Revisada y aumentada por Clotilde Olarán y Mercedes Jalón, Madrid, Ministerio de Cultura, 1992, 529 p
- Roca, Pedro, “Noticia de la vida y obras de Pascual Gayangos” en *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*, vol I (1897) p 544-565; vol. II (1898) p. 13-32, 70-82, 110-130, 562-568; vol III (1899) p. 101-106
- Salinero, José “Manuscritos sobre Puerto Rico en la Biblioteca Nacional de Madrid” En *Horizontes: revista de la Universidad Católica de Puerto Rico*, XIV (1971), 28, p. 61-94
- Santiago Paez, Elena, “Animi Medicamentum” la Biblioteca de Felipe IV de la Torre Alta del Alcázar”

- Sánchez Mariana, Manuel, “La formación del fondo bibliográfico de la Biblioteca Real Pública” En *El libro antiguo español: el libro en palacio y otros estudios bibliográficos*, Madrid: Ediciones Universitarias de Salamanca: Patrimonio Nacional; Sociedad Española de Historia del libro, 1996, p. 265-277
- Sánchez Mariana, Manuel, *Bibliófilos españoles: desde sus orígenes hasta los albores del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nacional, Ollero & Ramos, 1993, 285 p
- Sanz, Carlos, *Bibliografía descriptiva y crítica de libros filipinos de Don Antonio Graíño*, Manila: Instituto Nacional de Historia, 1976, XVII, 300 p.
- Vigil, Francisco de Paula, Museo-Biblioteca de Ultramar en Madrid, Catálogo de la Biblioteca, Madrid, Imprenta de la sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1900
- *Tesoros bibliográficos mexicanos: México primera imprenta de América*, investigación, selección de material y textos Margarita Bosque Lastra; catalogación bibliográfica Aurora Serrano Crus, 2ª ed, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, 126 p